

La recolonización y descolonización de Nicaragua

David Traumann, PhD*
Keiser University, Latin American Campus
ORCID:0009-0006-5721-3586

Resumen

El texto examina cómo, tras la independencia y durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, Nicaragua careció de una hegemonía nacional sólida debido a una economía desarticulada, una débil institucionalidad estatal y conflictos persistentes entre élites “liberales” y “conservadoras”. En este vacío político y cultural, una generación de poetas e intelectuales granadinos – algunos de ellos miembros del movimiento poético que entró a la historia como la ‘Vanguardia’ – emprendió un proceso de recolonización intelectual cuya meta era inventar una nación funcional a sus intereses, o sea, de la élite blanca, masculina y acaudalada. Se argumenta que Nicaragua fue primero colonizada geográficamente *manu militari* por fuerzas externas y unos cuatro siglos más tarde, recolonizada intelectualmente por sus poetas e ideólogos, quienes se dedicaron a reinterpretar la historia nacional mediante la idealización del periodo colonial, presentándolo como una época armónica y estable, casi bucólica, en contraste con las caóticas décadas posteriores a la independencia de España. Su proyecto nacionalista descansó en tres pilares: el catolicismo, el mestizaje y el idioma español. Al hacerlo, suprimieron o invisibilizaron la diversidad étnica y cultural de las identidades indígenas y afrodescendientes, a las que concebían como estorbos para su imaginada unidad nacional. Este marco ideológico produjo un colonialismo interior que moldeó profundamente el imaginario nacional, legitimando estructuras de poder jerárquicas y excluyentes. Los vanguardistas, desde su posición como logócratas, o sea, miembros de una clase gobernante que ejercía el poder en parte por medio de la palabra escrita, dominaron por décadas el discurso cultural, literario e historiográfico, y consolidaron una narrativa oficial de nicaraguanidad que sobrevivió la caída del somocismo y demostró su resiliencia incluso durante la Revolución Popular Sandinista en su primera etapa. En décadas más recientes, nuevas generaciones de eruditos/as y académicos/as han cuestionado y desmontado críticamente este andamiaje ideológico, revelando sus mecanismos de dominación simbólica y proponiendo una revisión totalizadora de los fundamentos de la cultura nacional. Asimismo, el legado de los pensadores vanguardistas ha sido seriamente socavado desde finales del siglo pasado, con el advenimiento de la globalización, las políticas económicas neoliberales y el embate de la tecnología de la información.

Palabras clave: recolonización, nación imaginada, logócratas, hegemonía cultural, colonialismo interior, andamiaje ideológico, desmantelamiento.

David Traumann nació y creció en Brasil, realizó sus estudios universitarios en EE UU y reside en su país de adopción, Nicaragua, desde 1986, donde ha sido y es docente, traductor e intérprete.

Abstract

Abstract

The text examines how, following independence and throughout much of the nineteenth and early twentieth centuries, Nicaragua lacked a robust national hegemony because its economy was fragmented, state institutions weak, and persistent conflicts between “liberal” and “conservative” elites. Into this political and cultural vacuum stepped a generation of Grenadian poets and intellectuals – several of them members of the poetic movement that made history as the ‘Vanguard’ – launched a project of intellectual recolonization aimed at inventing a nation aligned with their interests – that is, those of the white, wealthy, male elite. It is argued that Nicaragua was colonized first geographically manu militari by external powers, and around four centuries later, recolonized intellectually by its poets and ideologues, who proceeded to reinterpret the country’s history by idealizing the colonial era, portraying it as a harmonious, stable, almost bucolic period which they compared most favourably to the chaotic decades that followed independence from Spain. Their nationalist project rested on three pillars: Catholicism, mestizaje, and the Spanish language. In doing so, they suppressed or invisibilised Nicaragua’s ethnic and cultural diversity, in particular Indigenous and Afro-descendant identities, which they considered hindrances to the imagined national unity. This ideological framework created an internal colonialism that profoundly shaped the national imaginary and legitimised hierarchical and exclusionary power structures. As “logocrats” or members of a ruling class that exerted power in part by means of the written word, the ‘Vanguardists’ dominated the cultural, literary and historiographical discourse for decades, establishing an official narrative of Nicaraguan identity that endured even after the fall of the Somoza regime and proved resilient during the years of the Sandinista Revolution in its first phase. In more recent decades, new generations of Nicaraguan scholars and academics have critically challenged and dismantled this ideological scaffolding, exposing its mechanisms of symbolic domination and calling for a comprehensive revision of Nicaragua’s cultural foundations. Likewise, the legacy of these Vanguard thinkers has been seriously eroded since the last decade of the twentieth century, with the arrival of globalisation, neoliberal economic policies and the onslaught of information technology.

Key words: recolonization, imagined nation, logocrats, cultural hegemony, internal colonialism, ideological scaffolding, dismantlement.

“Cualquier grupo cultural que irrumpa en el futuro tendrá que agudizar su sentido crítico. Tendrá también que impugnar, aunque sea despacio y con buena letra, ese horrible saco de papas de la tradición y rechazar los juegos de mano de la reacción. Esto supondría una revisión totalizadora de la cultura nacional.”

Beltrán Morales (1968)

Durante casi todo el siglo XIX la economía de Nicaragua estuvo desarticulada, parcelada y apenas agrupada en comunidades rurales dispersas. Ya entrado el siglo XX el país carecía en gran medida de energía eléctrica, escuelas y hospitales, y había serias limitaciones en cuanto a conexiones terrestres por medio de carreteras o ferrocarriles, así como poco acceso a medios de comunicación, como radio, prensa, telégrafo y teléfono. Poderosas familias terratenientes dominaban grandes extensiones de tierra y las ‘capitales’ provinciales eran en realidad pueblos con unos cuantos miles de habitantes¹. La ausencia de un gobierno central o Estado verdaderamente nacional generó durante las primeras cuatro décadas de la historia independiente de Nicaragua conflictos armados y esfuerzos dictatoriales de un grupo para imponerse al otro, pero en el vacío de poder ocasionado por el colapso del imperio español en Centroamérica, ninguno tenía la fuerza militar suficiente como para ejercer el monopolio de la violencia en el territorio².

Una vez que los países de América del Sur y México lograron su independencia, España rápidamente perdió interés en sus posesiones centroamericanas, permitiendo así que se separaran en 1821 sin realizar mayor esfuerzo. En el caso de Nicaragua, no había mucho entusiasmo por este acontecimiento, si bien es cierto que unos cuantos elementos de la élite local deseaban escapar del yugo económico y político al que estaban sujetos por la capitanía en Guatemala, o en dejar de pagar impuestos a la Corona. Es verdad que Nicaragua fue un país autóctono desde su retiro de la Federación Centroamericana en 1838 hasta la invasión de William Walker en los años cincuenta, pero era más bien un lugar en el mapa, y no fue hasta la aprobación de la Constitución de 1858 que dio los primeros pasos para consolidarse como país. Fue hasta la sucesión de administraciones conservadoras autocráticas (1858-1893) que detuvo de manera exclusiva el poder hasta el golpe de Estado propinado por el liberal José Santos Zelaya, también autócrata. En los 16 años de su gobierno Nicaragua dio los primeros pasos hacia el establecimiento de un Estado-nación y empezó la modernización de su economía, a raíz del advenimiento del café como rubro de exportación, lo cual posibilitó mejoras en su infraestructura. Aun así, en las primeras décadas del siglo XX Nicaragua este cambio era todavía incipiente, debido a que durante el primer siglo posterior a la independencia la élite nicaragüense

¹ Orlando Núñez, *La oligarquía en Nicaragua*. Managua: CIPRES, 2006, 79.

² Abelardo Baldizón, *Conflicto político e ideología en Nicaragua (1821-1933)*. Managua: 400 Elefantes, 2018, 89.

no había sido capaz de unir a la población de todo el territorio bajo una hegemonía aceptada³. Las escaramuzas entre Conservadores (Granada) y Liberales (León) por la supremacía habían comprometido seriamente la soberanía del país, primero cuando estos últimos invitaron a Walker para que les ayudara a derrotar a los Conservadores y poco más de medio siglo más tarde, cuando éstos propiciaron la intervención estadounidense para deshacerse del Presidente Zelaya, con el resultado que se hizo necesario que los marines ocuparan el país para mantenerlos en el poder.

Fue ante este trasfondo que una generación de jóvenes poetas, historiadores e intelectuales, emparentados entre sí luego de casi dos siglos de estricta endogamia, vástagos de las familias más acaudaladas y que tradicionalmente habían sostenido el poder en Granada (la “oligarquía”, o los descendientes del “patriciado criollo de raíces coloniales”, como las definió Carlos Cuadra Pasos), se dieron cuenta de la falta de una hegemonía nacional, por lo cual decidieron actuar para llenar el vacío. El hijo de Carlos Cuadra, Pablo Antonio, describe a los poetas vanguardistas como “una generación que tuvo que crearse, al nacer, su propia madre”⁴. Por lo tanto, sería necesario imaginar dicha hegemonía, inventarla, en una maniobra de recolonización intelectual. Para tal fin, era menester reescribir la historia, editar el pasado de tal forma que sirviera para salir del agobiante e intolerable presente y forjar lo que se concebía como un espléndido futuro⁵.

³ Según Juliet Hooker “luego de la independencia de España... las élites locales enfrentaron el problema de cómo convertir en ‘nicaragüenses’ a una población para la que tal identidad no tenía mucho sentido”. En *‘Beloved Enemies’: Race and Official Mestizo Nationalism in Nicaragua* [“Amados enemigos”: raza y el nacionalismo mestizo oficial en Nicaragua]. *Latin America Research Review*, 40 (3), 2005, 16-17. Para la amplia y desposeída mayoría el advenimiento de la independencia fue irrelevante, dado que la separación de España no significó más que algunos cambios de índole administrativa, como la reorientación de las entradas por aduanas e impuestos de la corona a los criollos, y el intento de establecer algún tipo de gobierno. No obstante, la estructura dominante a nivel local quedó casi intacta hasta entrado el siglo veinte.

⁴ Pablo Antonio Cuadra, “Prólogo a ‘Breve Suma’”, reproducido en *Breve Suma* (primera antología de los poemas de Joaquín Pasos), ed. Roberto Carlos Pérez. Delaware: Casasola Editores, 2019, 80). Es interesante como se expresa: para los criollos, tanto en su tiempo como un siglo después, la independencia fue percibida un abandono – se sentían huérfanos, desamparados por la Madre Patria. Ahora bien, esta falta de “nacionalidad” fue un resultado no solo de las luchas internas entre las élites terratenientes en León y Granada sino también del hecho que estas luchas se limitaban a la zona occidental del país más densamente poblada. Pero ni una ni otra ciudad tenía control sobre la zona central de Nicaragua, mucho menos de su costa Caribe o la Mosquitia, poblada como estaba por etnias indígenas y grupos afrodescendientes que fueron gobernados como protectorado británico hasta 1860. De ahí en adelante formó parte nominal de Nicaragua, pero era *de facto* una zona autónoma hasta su anexión *manu militari* en 1894 durante el régimen de Zelaya. Tener una identidad nicaragüense no solo carecía de sentido, sino que en la Mosquitia no era deseada en lo más mínimo.

⁵ Carlos Midence muestra convincentemente que estos esfuerzos empezaron mucho antes, desde tiempos de la independencia y que se desarrollaron a lo largo del siglo XIX (*La invención de Nicaragua. Letra y polis en la conformación de la nación*. Managua: Amerrisque, 2008). Pero son los poetas de la Vanguardia que se empeñan conscientemente y con propósito en la invención del país como constructo ideológico, “en un afán por consolidar la imagen definitiva de la nación”. Pablo Antonio Cuadra escribe sobre la importancia de “descubrir en nuestra prehistoria, en nuestra historia, en el folklore, en las tradiciones del pueblo, en sus mitos, en su lengua, los elementos constituyentes de nuestra nacionalidad”. Ante esta propuesta, Erick Blandón invoca la noción de “tradiciones inventadas” de Eric Hobsbawm, definidas como

Nadie pensó tanto ni trabajó más en este sentido que el poeta y columnista Pablo Antonio Cuadra, quien al hacerlo contribuyó a una idea bastante esparcida en el occidente contemporáneo, cuando escritores y poetas llegaron a creer que por medio de la literatura podían crear naciones imaginadas⁶. La versión nicaragüense de esta nación inventada (hoy diríamos “virtual”) fue tarea principalmente de Cuadra. En un ensayo titulado “El desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad”, aduce sin aportar la más mínima evidencia, puesto que no la hay, que las disputas entre leoneses y granadinos tenían su trasfondo en las antiguas guerras entre nagrandanos y dirianes: “El nicaragüense se formó ... en su conciencia de nacionalidad, sintiéndose granadino o leonés, oriental u occidental, pero no nicaragüense”. Por lo tanto, Cuadra postula en otra parte que “El poeta tendrá que tener su corazón en la verdadera Nicaragua de la Colonia, mientras que sus poemas especulan, con ese fondo, en las formas modernas en busca de un recipiente adecuado o adaptable al alma nacional”⁷.

La esencia de esta “verdadera Nicaragua de la Colonia” residía en que Nicaragua debía ser historiada, poetizada y descrita de tal manera que pudiese ser imaginada, o sea, que se volviera parte del imaginario de los nicaragüenses. Ya lo había sospechado Ricardo Morales Avilés y lo demuestra Carlos Midence: había ahí una agenda, y esta era no solo preservar sino fortalecer el dominio de hombres blancos descendientes de las más prominentes familias granadinas⁸.

La abstracción revisionista de la historia de Nicaragua propagada por estos “intelectuales orgánicos de la oligarquía”, como los llama Erick Blandón, prestando el término acuñado por Gramsci, estuvo basada en una falsificación de la realidad vivida durante los siglos de la colonia, que según ellos fue un periodo plácido y estable, sin ninguna de las turbulencias que se vivieron en las décadas después de que la colonia se independizara de España, en el que destacaban pleitos por el poder que tenían menos que ver con diferencias ideológicas o luchas por problemas de clase y etnia entre las diferentes facciones de la élite, y más con cuestiones personales o territoriales. Si para los vanguardistas la independencia había sido un grave, aunque inevitable error, otro no menos serio fue haber invitado a los estadounidenses a ocupar el país, debido a que estos

la legitimación de instituciones como el lenguaje, la religión y las autoridades constituidas, con el fin de socializar e inculcar ciertas creencias, valores y convenciones de conducta (*Barroco descalzo / Colonialidad, sexualidad, género y raza en la construcción de la hegemonía cultural en Nicaragua* Managua: URRACAN, 2003, 113).

⁶ Ferdinand Mount, carta al *London Review of Books*, 11/09/2014, 14. Más conocida es la tesis de Benedict Anderson según la cual las naciones son “comunidades imaginadas” debido a que “los miembros aún de las naciones más pequeñas jamás conocerán la mayoría de sus connacionales, no se encontrarán y ni siquiera oirán hablar de ellos. Sin embargo, en la mente de cada persona vive la imagen de su comunión... sin importar la desigualdad y explotación real que pueda prevalecer, la nación es siempre concebida como una camaradería profunda y horizontal.” Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* [Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y propagación del nacionalismo], citado en Hooker, ‘*Beloved Enemies*’, 19.

⁷ Pablo Antonio Cuadra, “El nicaragüense”, 13ª ed., Managua: Hispamer, 87-94 y “Hacia nuestra poesía vernácula”, citado por Leonel Delgado en *Márgenes recorridos: apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del siglo XX*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2002.

⁸ Midence, *La invención*, 118. Esto fue exactamente lo que habían garantizados sus antepasados cuando fueron abandonados a su suerte por España. Escribieron cartas alabando al rey, aseverando su derecho divino; se aliaron con la monárquica iglesia católica para que predicara “las obligaciones esenciales de los vasallos a su soberano, vice Dios en la tierra”; tildaban a los rebeldes en México y Sudamérica de

trajeron consigo el capitalismo moderno (con su concomitante consumismo, que consideraban vulgar), la democracia liberal (inestable por antonomasia), los misioneros protestantes, y costumbres sociales y sexuales laxas, para no mencionar un ideario feminista⁹.

En términos intelectuales, esto significó al menos en parte un retorno al folclor y el estudio de la antropología, otorgándoles significado y resituándolos en una cultura nacional conservadora, mientras se reescribía la historia, esta vez con una teleología¹⁰. Ideológicamente representó un rechazo de la idea republicana o liberal del Estado y llevaba implícito otras formas de dominación, tales como el fascismo y la dictadura.

La armonía ideal de la nación nicaragüense fue concebida como algo que descansaba en tres pilares: el catolicismo, el mestizaje y el idioma español¹¹. Había que rechazar el siglo de independencia de España. Para los “reaccionarios”, como orgullosamente se autonombraban, puesto que “reaccionaban” contra todo lo ocurrido en política y cultura desde la Revolución Francesa, era importante la ilusión de haber sido no un remanso en una colonia irrelevante, sino parte del imperio¹². Incluso más: en *Hacia la cruz del sur*, Cuadra aduce que “Nosotros, en nuestros antepasados, conquistamos América, y ella nos corresponde por derecho de conquista ... Nosotros no éramos colonias de España. Éramos

“monstruos” y “herejes”, en un esfuerzo por volcar en su contra una población profundamente religiosa; y aclararon en el primer artículo del Acta de Independencia que su propósito era “prevenir consecuencias que serían temibles en el caso de que la [independencia la] proclamase de hecho el mismo pueblo”. Citas tomadas de Baldizón, 61-63. En otras palabras, aprovecharon una situación que consideraban adversa a sus intereses para fortalecer su posición.

⁹ Michel Gobat, *Enfrentando el sueño americano: Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*. Managua: IHNCA-UCA, 2010. Véase en particular el capítulo 7, titulado “Antiamericanismo cultural: la cruzada de los Caballeros Católicos contra misioneros norteamericanos, la “mujer moderna” y el “espíritu burgués” (310-356).

¹⁰ Delgado, *Márgenes*, 12. Pero mientras los vanguardistas, y Pablo Antonio Cuadra en particular, se interesaban por la antropología, también a ellos se les puede observar en términos antropológicos. Como hace ver Mircea Eliade, “el asentamiento en un lugar nuevo, desconocido e inculto es equivalente al acto de Creación ... cada territorio ocupado para el propósito de ser inhabitado o utilizado como *Lebensraum* [espacio vital] es en primera instancia transformado de caos en cosmos... es evidente que para la mentalidad arcaica la realidad se manifiesta como fuerza, efectividad y duración” (10-11). La invasión española del continente americano (o conquista, como eufemísticamente ha sido llamada desde entonces) marcó el paso del caos al cosmos. La adoración de Santiago Apóstol, santo patrón de España, Cristóbal Colón y Pedrarias Dávila, el primer gobernador de Nicaragua, es bastante arquetípico: como cualquier pueblo de la antigüedad, los vanguardistas también necesitaban dioses, héroes civilizadores o ancestros míticos (22). Implícito en su cosmovisión es que la historia es cíclica, y que por lo tanto un regreso a la colonia – *illud tempus in illo tempore* (días idos en el tiempo mítico) – es posible. La edad de oro es recuperable, el pasado prefigura el futuro (o sea, los tiempos monárquicos de la colonia prefiguraban el anhelado advenimiento del somocismo). Hay un esfuerzo deliberado por “abolir el tiempo profano y participar en el tiempo mítico” (36), puesto que el hombre de las culturas arcaicas solo con dificultad tolera “la historia”, es decir, “las derrotas militares y las humillaciones políticas” (38) – uno piensa en el episodio de Walker o la ocupación por parte de los EEUU que vivieron los vanguardistas. Por último, “el mito del eterno retorno [es] sobre todo apreciado entre las élites intelectuales y es consolador especialmente para aquellos que han sufrido los embates de la historia” (147), o lo que Eliade en otra parte llama su “terror” (149). Las páginas citadas son de *Cosmos and History: The Myth of the Eternal Return*, [Cosmos e historia; el mito del eterno retorno], trad. Willard R. Trask. New York: Harper and Brothers, 1959.

¹¹ Delgado, *Márgenes*, 15. Véase también Blandón, 34.

¹² Gómez, *Autoridad/Cuerpo/Nación; Batallas culturales en Nicaragua (1930-1943)*. Managua: IHNCA-UCA, 2015, 78.

parte de un imperio. Éramos el Imperio”¹³. La versión de Coronel Urtecho fue como sigue: “... veíamos en lo hispánico, en lo español veíamos toda la fuente nuestra, la cultura, la lengua, la religión, todo. Para nosotros lo español era el único elemento, y lo indígena era inexistente, poco menos de episódico. Nosotros lamentábamos que el indio sobreviviera, que perviviera el indio en nosotros y decíamos que teníamos que conquistar el indio que había en nosotros. De modo que nosotros queríamos establecer el imperio español, queríamos que la corona española volviera de alguna manera”¹⁴.

Debido a que la separación de España había arruinado el estado ideal en el que vivían antes los nicaragüenses, en los idílicos tiempos de antaño, era necesario inventar una nueva nación, escribió Cuadra, una nación basada en “la realidad poética de su naturaleza, de su tierra y de su asediada historia”^{15, 16}. “Realidad poética” aparte, fue, como vimos, la incapacidad de las clases dominantes de cohesionar a la población que venía atrasando la formación del Estado-nación, y esto lo aprovecharon los vanguardistas para insertar su versión del pasado, en la que se enaltece un periodo colonial idílico en que todas las razas y clases sociales convivían en un estado de casi paradisíaca paz y felicidad.

En breve, se trató de un esfuerzo consciente y pleno de imponer homogeneidad sobre lo que Midence llama “un conglomerado de diferencias”, de soslayarlas y regresar a la colonia imaginada, plácida, bucólica y altamente idealizada de la clase dominante^{17, 18}.

¹³ Lo absurdo de estas aseveraciones se puede comprobar en cualquier cantidad de fuentes, empezando por los documentos de la época colonial. Historiadores como Hector Perez-Brignoli describen al Reino de Guatemala como poco más que un olvidado puesto de avanzada de un imperio en declive (*A Brief History of Central America* [Una breve historia de Centroamérica], trad. Ricardo B. Sawrey y Susana Stettri. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1989, 53). Por su parte, Elizabeth Dore relata como “Centroamérica obtuvo su independencia por omisión, pues no se libró una lucha anticolonial contra España en el istmo. La región carecía de importancia dentro del imperio; por tanto, cuando México consolidó su independencia en 1821, el gobierno español también cedió Centroamérica”. Como quien dice, de “ipegüe” (*Mitos de modernidad: tierra, patronaje y patriarcado en Granada, Nicaragua*, trad. Frances Kinloch, Managua: IHNCA-UCA, 2008, 77).

¹⁴ Julio Valle-Castillo, José Coronel Urtecho: libro de conversaciones sobre libros. Managua: Nueva Nicaragua, 1994, 72-3.

¹⁵ Pablo Antonio Cuadra, “En el umbral de una nueva época”, citado en Delgado, 16. Dado que las naciones son comunidades imaginadas, todo lo que no se ajusta a la narrativa debe ser deseleccionado y apartado.

¹⁶ Aparentemente, a Cuadra le interesaba menos reflejar sus incursiones en las fuentes históricas que derivar el tipo de iluminación divina del tipo que casi siempre se otorga solo a los místicos. No sorprende que al fallecer en 2002 fue celebrado como “un visionario del siglo XX,” un “hacedor de cultura y soberanía,” incluso “la estrella que nos guiaba a Belén” y un “poeta quien ha muerto con olor a santidad.” *La Prensa*, 03 de enero de 2002, “Pablo Antonio Cuadra, un visionario del siglo XX.” Hubiera sido más exacto retratarlo como el más brillante mitómano en la historia de las letras nicaragüenses.

¹⁷ Midence, 137.

¹⁸ Es irónico que casi exactamente al mismo tiempo que estos hombres de letras nicaragüenses se preocupaban por glorificar los tiempos de la colonia, a unas cuantas centenas de kilómetros, en la isla caribeña de Martinique, Aimé Césaire empezaba su trabajo como poeta anticolonialista. En París aunó fuerzas con el poeta senegalés Léopold Senghor y juntos forjaron y promovieron “el concepto de *négritude*, una poderosa y esencialista afirmación de la identidad afroamericana, expresado en términos de cultura e historia.” Musab Younis, reseña del libro de Gary Wilder titulado *Freedom Time: Negritude, Decolonisation and the Future of the World* [Hora de la libertad: negritud, descolonización y el futuro del mundo]. Gary Wilder, *London Review of Books*, Vol. 39, No. 13, 29 de junio de 2017, 27-28.

En todo caso, las ficciones fundacionales nunca son políticamente ingenuas ni inocentes: aparecen siempre en apoyo a una ideología y un proyecto nacional¹⁹. Por supuesto que los ideólogos de la vanguardia sabían perfectamente bien que no era posible regresar al pasado colonial. Sin embargo, como señala Leonel Delgado, la propuesta como tal refleja su aguda percepción de su ubicación estratégica como intelectuales de las “familias blancas” que menciona Coronel Urtecho, y los preceptores / escribas / inventores (según Joaquín Pasos, ¡con ojo de descubridores y viajeros!) de una identidad nicaragüense basada en nada menos que un “colonialismo interior benéfico” que permitiría a la nación la posibilidad de existir²⁰.

Con la llegada al poder del General Somoza García, a quien en principio concebían como una especie de rey filósofo que el país necesitaba, los poetas de la vanguardia pensaron que tendrían la oportunidad de construir una nación desde el Estado y una cultura basada en gran parte en su cosmovisión. Cuando no se materializó el régimen cuasi monárquico y arcadiano que había visualizado, Joaquín Pasos no tardó en distanciarse del gobierno. Manolo Cuadra también lo hizo, pero por otras razones.

Vale la pena notar que este no fue el caso de aquellos que además de poetas eran ideólogos comprometidos. Cabrales fue abiertamente fascista hasta el final de su vida; Coronel fue viceministro de educación por un corto periodo, diputado en el Congreso por décadas y por último agregado cultural de Nicaragua en España; también Pablo Antonio Cuadra fue diputado conservador colaboracionista en el Congreso de 1938 a 1948, año en que fue enviado a la Embajada de Nicaragua en España como *chargé d'affaires*. Fue solo cuando cayó preso como resultado de la redada posterior al asesinato de Somoza García en 1956 que forjó una alianza vitalicia con sus viejos amigos de la poderosa familia Chamorro al asumir un puesto influyente como codirector de su periódico *La Prensa*, desde donde atacaba al liberal Somoza Debayle desde una posición políticamente conservadora²¹. El prestigio como poetas de primera línea de estos tres fue tal que no solo sobrevivieron la implosión de su grandioso plan político para Nicaragua sino también como élite intelectual y fundadores de la nueva nacionalidad pudieron arraigar con fuerza las raíces del nacionalismo literario que habían “inventado e inventariado”²².

En los años setenta, el joven poeta Beltrán Morales lo vio todo muy claro: “Es justo destacar que si este grupo... perdió el poder político [al ser relegados por Somoza García después de la entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra mundial, énfasis mío],

¹⁹ Midence, *Invencción*, 149. Como ya se mencionó, lo había intuido Ricardo Morales: “Las inquietudes estéticas innovadoras de aquellos poetas ligados a la Vanguardia no son del todo inocentes, histórica y políticamente hablando” (*No pararemos de andar jamás*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983, 105).

²⁰ Delgado, *Márgenes*, 8, 17. Al invocar una tradición colonial y supuestamente derivar legitimidad de los libros de viaje escritos por extranjeros, los intelectuales de la Vanguardia “proyectaron una nación desde la letra”. Sin duda mucha de esta “tradición” fue inventada en el sentido que propone Hobsbawm. Pero esto no se hizo “al servicio de la poesía”, como alegaban los vanguardistas, sino como parte de un proceso encaminado a establecer un poder cultural central[izado] (*op. cit.*, 9).

²¹ O bien, como diría años más tarde uno de los grandes poetas de la generación de postvanguardia, Ernesto Mejía Sánchez: “Lo que [Cuadra] está cuidando realmente es el capital de la familia Chamorro”. Steven White, *Culture and Politics in Nicaragua: Testimonies of Poets and Writers* [Cultura y política en Nicaragua: testimonios de poetas y escritores]. New York: Lumen Books, 1986, 40.

²² Delgado, *Márgenes recorridos*, 11.

obtuvo a cambio un imperecedero poder cultural”²³. Y de hecho, estos poetas se autoproclamaron decanos de la nacionalidad nicaragüense y árbitros supremos de lo que era (o no) “arte y cultura”. El título de un poema temprano de Cuadra es nada menos que “República de poetas”, expresión cursi repetida hasta la saciedad, entre muchos otros por Pasos en su discurso sobre el poeta chileno Vicente Huidobro²⁴ y con variaciones tan dogmáticas como inverosímiles, según las cuales Nicaragua sería “una República inventada por la poesía”²⁵, o que la poesía es el único producto nicaragüense de indiscutible valor universal²⁶. Los poetas y la poesía llegaron a ser parte de la percepción que la élite intelectual nicaragüense tenía de sí misma en su imaginario, y con la que trataron de impregnar, aunque sin mucho éxito, el imaginario nicaragüense.

En realidad fue relativamente fácil para estos muy bien educados hijos de la clase dominante establecerse como lo que el teórico de literatura y cultura Georg Steiner llama “logócratas”²⁷. Tomaron el control de la palabra escrita y dominaron el discurso desde ella, tarea en realidad no muy exigente en un país que en 1930 tenía unos 700,000 habitantes, de los que menos de un tercio podía (con costo) leer y escribir²⁸. Por contraste, los hijos de la clase más pudiente, educados por jesuitas europeos, no solo leían en griego y latín, sino que escribían artículos, ensayos y ante todo poesía de primer orden. En un país como Nicaragua en la primera mitad del siglo veinte, eso hacía de ellos una especie de magos o hechiceros.

Esta élite letrada, integrada por poetas, historiadores, periodistas y políticos, valorizó una cultura nacional y al hacerlo creó, forjó y determinó una idea particular de Nicaragua²⁹. Según Cuadra, parte de esta idea era que “... en Nicaragua la nacionalidad tenga un aura poética y que el pueblo privilegie a sus poetas porque oye en la voz de los poetas la voz

²³ Beltrán Morales, “Grandes, medianos, pequeños”, en *Sin páginas amarillas: malas notas*. Managua: Editorial Vanguardia, 1989, 216.

²⁴ Joaquín Pasos, “Conferencia sobre Vicente Huidobro”, en *El Hilo Azul*, 9, invierno 2014, 123.

²⁵ Julio Valle-Castillo, *Poetas modernistas de Nicaragua 1880-1927*, citado en Delgado, *Márgenes*, 20; también en *El siglo de la poesía en Nicaragua*, Tomo I, 372: “La poesía vanguardista inventa o refunda Nicaragua y además como una ‘República de poetas’”. Claro está que no se trata meramente de una “cursificación” de la poesía. Como escribe Carlos Midence, la poesía nicaragüense ha sido el mito fundacional y medular para la cultura nacional, estrechamente ligada como está a las representaciones de la identidad, la nación y el Estado, asociada siempre a una clase en particular (*Invenición*, 44). Midence añade que la letra, o sea, el texto escrito, ha formado parte de una “estrategia de dominación, así como de construcción sobredeterminada de sistemas, convirtiéndose en un mecanismo de poder hegemónico y fundacional” (*op. cit.*, 51).

²⁶ José Coronel Urtecho, citado en Valle-Castillo, *Poetas modernistas de Nicaragua 1880-1927*. Managua: Banco de América, 1978, xxxi.

²⁷ Para los filósofos griegos, la palabra, o *logos*, representaba el principio de la razón y del orden universal. Con el advenimiento del cristianismo, se volvió nada menos que la voluntad y el pensamiento de Dios (véase Juan I:1 “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”). Por razones obvias, los intelectuales vanguardistas estaban muy bien enterados del poder de la palabra, y de la palabra escrita en particular.

²⁸ Iván Molina Rodríguez, “La alfabetización popular en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica: niveles, tendencias y desfases (1885-1950).” *Revista de Educación*, 327 (2002), 377-393. Vale la pena señalar que en la primera década de la era somocista, la cifra de personas formalmente alfabetizadas bajó drásticamente a un mero 23%.

²⁹ Edward Said escribe sobre el “poder para narrar”, acción que se lleva a cabo mediante diferentes mecanismos, entre ellos el encubrimiento o “violencia epistémica”, como la define Carlos Midence en *Cambios y aportes históricos del sandinismo al devenir nacional*, Managua: Editorial Universitaria UNAN-León, 2011, 46. Por su parte, Erick Blandón hace referencia al estudio pionero del crítico literario uruguayo

Ángel Rama, *La ciudad letrada* (1984), sobre el poder del discurso escrito en la formación histórica de las sociedades latinoamericanas.

del nos”³⁰. Si se toma el término “pueblo” en su sentido literal, no tenía (ni tiene hoy) mayor conexión con los poetas. La razón es sencilla: a la masa amorfa que Cuadra llama “el pueblo” no tenía ni tiene dinero para comprar libros y su nivel académico era y es bajo. Por lo tanto, los poetas vanguardistas y tantos otros más han muerto como ilustres desconocidos para el tal “pueblo”. No obstante, cuando Cuadra se refiere a “pueblo” no está en realidad pensando en la población en sentido genérico (y que los vanguardistas abiertamente despreciaban), sino en *su* público, las élites literatas y económicas entre las que nació, creció y se formó. Entre éstas los poetas sí fueron endiosados (“¡Torres de Dios!”, Darío dixit) y en sus discursos literarios este supersticioso metarrelato ha perdurado³¹. Dado que esta clase social mantuvo el poder político y cultural por más de un siglo antes de ser retada por generaciones posteriores de intelectuales principal aunque no exclusivamente sandinistas, su cosmovisión ha comprobado su durabilidad, y sus raíces siguen hundidas en la psiquis de la élite nicaragüense.

En los años treinta del siglo pasado, Nicaragua fue el único país en América Central donde floreció una auténtica vanguardia literaria y artística. Su logro literario es innegable, pero estaba necesariamente condicionado por su realidad particular, y debido a que esta realidad era compleja, nudosa y torcida, el movimiento no fue progresista y prospectivo sino reaccionario, atrapado en un pasado medieval y colonial quimérico de su propia invención.

Aun así, como constructo ideológico su pensamiento ha resultado ser sumamente resiliente. No en su forma pura, por supuesto, pero sirvió bien al primer Somoza, y más tarde, una vez que se había traslapado, fundido con y luego devenido en somocismo, ni la rebelión cultural de los años sesenta y setenta, ni la caída del régimen de los Somoza, ni el gobierno revolucionario de los años ochenta lo pudieron desplazar en su totalidad. Incluso el gobierno sandinista, con Ernesto Cardenal como Ministro de Cultura, nunca tuvo un verdadero interés por dismantelar el andamio construido por los vanguardistas, puesto que el mito del mestizaje servía sus propósitos y la conversión de José Coronel Urtecho era por cierto un tanto a su favor. Además, el mismo Cardenal provenía de una de las familias oligárquicas, siendo primo de Cuadra y sobrino de Coronel.

La obra de los intelectuales granadinos significa nada más y nada menos que Nicaragua fue, en efecto, recolonizada. La primera vez fue cuando ocurrió la invasión española, conducida a base de cruz y espada, como parte de uno de los peores si no el peor genocidio

³⁰ Cuadra, *Ensayos I*, 2001, 89, citado en Midence, *Invencción*, 101. En *Hacia la Cruz del Sur*, Cuadra hizo un llamado por la recuperación del continente, atrapado entre las garras del capitalismo estadounidense, en el que exigió “la muerte del materialismo y un renacimiento de la espiritualidad”, añadiendo enseguida que “tenemos que volver a descubrir a América. El redescubrimiento de América está en manos de los poetas” (citado en Gómez, *Autoridad/Cuerpo/Nación*, 98). Quizá el mejor ejemplo sea *El Nicaragüense*, de Pablo Antonio Cuadra, obra de cultura ficción que en 1993 ya iba por su 13ª edición, algo inaudito en Nicaragua. Contiene ideas fantasiosas sobre la ‘idiosincrasia nacional’ nicaragüense, inventadas por Cuadra para consumo de la élite literata y sus seguidores de clase media alta y alta.

³¹ Delgado, *Márgenes*, 17.

que registra la historia de la humanidad³². La segunda, cuatro siglos más tarde, tuvo lugar cuando los autoproclamados “descendientes” de los invasores e hijos de la oligarquía granadina se apoderaron literalmente de la palabra y con ella, logócratas que eran, se propusieron reescribir la historia en sus proclamas, ensayos, poemas y libros escolares, con el fin de inventar una Nicaragua ficticia, mestiza y en armonía, que idealmente gobernarían ellos, y si no fuese posible, al menos lo harían de manera indirecta bajo la égida de un líder fuerte y varón que gobernara para el bien del pueblo. Cualquier señal de diversidad del *statu quo* masculino, blanco, católico y acaudalado – los pueblos indígenas, los afrodescendientes, los gais, las mujeres y principalmente los pobres (estos últimos los “postergados”, como los llamaba Sandino) – fue suprimida. En esto tuvieron éxito, y su poder cultural fue, si no imperecedero, como temía Morales, al menos bastante duradero.

Vamos sobre casi un siglo y es hasta ahora que una nueva generación de intelectuales se ha dado a la tarea de desenmascarar, deconstruir y desmitificar su discurso. Si a esto sumamos la embestida adicional del neoliberalismo, la concomitante globalización y la tecnología de la información, el andamiaje ideológico que construyeron está por fin siendo desmantelado, aunque no sin cierta resistencia residual^{33, 34}.

En todo caso, para la fecha (1976) en que Beltrán Morales publicó la nota del que se tomó la epígrafe del presente ensayo, ya el poder cultural de los miembros de la vanguardia estaba siendo cuestionado por pensadores como Ricardo Morales Avilés, Carlos Fonseca Amador y Jaime Wheelock Román (“aunque despacio y con buena letra”); una generación más tarde, Orlando Núñez y Carlos Fonseca Terán continuarían la gradual tarea de demolición. En este siglo, académicos como Leonel Delgado, Judith Hooker, Juan Pablo Gómez, Carlos Midence, Erick Blandón e Ileana Rodríguez, entre otros/as, vienen acelerando el proceso, como se puede leer en sus trabajos, los que, haciéndole caso a Beltrán, han impugnado “este horrible saco de papas” y logrado un significativo avance en dirección al desiderátum del poeta: nada menos que “una revisión totalizadora de la cultura nacional.”

³² David Stannard, *American Holocaust: The Conquest of the New World* [Holocausto americano: la conquista del nuevo mundo]. Canadá: Oxford University Press, 1994.

³³ Las respectivas hipótesis del origen del Estado nación nicaragüense como un constructo ideológico, entre ellas el ensayo de Leonel Delgado, que he venido siguiendo junto con los libros de Juan Pablo Gómez y Carlos Midence, se hubieran beneficiado con una apreciación de la lucha por la hegemonía según la describe Antonio Gramsci. En sus *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci explica que el orden existente (“bloque histórico”) encuentra su fuerza no solo en la violencia que ejerce la clase dominante, el grado de coerción del que es capaz y está anuente a ejercer el aparato del Estado, sino también en la adhesión de los gobernados a su cosmovisión. La ideología de esta clase, por medio de una serie de sucesivas vulgarizaciones es eventualmente aceptada como el “sentido común” y por una especie de consenso se vuelve, por decirlo de alguna manera, la filosofía de las masas, quienes por ende adquieren el marco moral, las costumbres y las reglas institucionalizadas de conducta de la sociedad en que viven. Guiseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*, trad. de Teresa Fernández y M. José Barranquero, Sassari: Edizioni della Sabbia, Verona: Edizioni Achab, 2002.

³⁴ Como es sabido, los viejos mitos son duros de matar. En años recientes, el ex presidente Enrique Bolaños (*La lucha por el poder*, 2017), el ex ministro de educación Humberto Belli (*Buscando la tierra prometida*, 2019) y el profesor Arturo Cruz (*Nicaragua – La impronta de la colonia*, 2020) han escrito libros en los que cada quien a su manera reafirma la cosmovisión vanguardista. Así que es la fecha y sigue siempre la batalla por lo que Delgado en 2002 llamó “la hegemonía intelectual sobre una nacionalidad [todavía] en el proceso de invención” (*Márgenes recorridos*, 9).

Obras citadas

Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* [Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y propagación del nacionalismo]. London & New York: Verso, 2006.

Avilés, Ricardo Morales. *No pararemos de andar jamás*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983.

Baldizón, Abelardo. *Conflicto político e ideología en Nicaragua (1821-1933)*. Managua: 400 Elefantes, 2018.

Belli, Humberto. *Buscando la tierra prometida*. Historia de Nicaragua 1942-2019. Managua: 2019.

Blandón, Erick. *Barroco descalzo / Colonialidad, sexualidad, género y raza en la construcción de la hegemonía cultural en Nicaragua* Managua: URRACAN, 2003.

Bolaños, Enrique. *La lucha por el poder*. Managua: Fundación Enrique Bolaños, 2017.

Cruz, Arturo. *Nicaragua – La impronta de la colonia. Tres siglos de historia*. Managua: Grupo Editorial, 2020.

Cuadra, Pablo Antonio. “Prólogo a ‘Breve Suma’”, reproducido en *Breve Suma* (primera antología de los poemas de Joaquín Pasos), ed. Roberto Carlos Pérez. Delaware: Casasola Editores, 2019.

-----, *El Nicaragüense*. 13ª edición. Managua: HISPAMER S.A., 1993.

Delgado, Aburto, Leonel. *Márgenes Recorridos: apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del siglo XX*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2002.

Dore, Elizabeth. *Mitos de modernidad: tierra, patronaje y patriarcado en Granada, Nicaragua*, trad.

Eliade, Mircea. *Cosmos and History: The Myth of the Eternal Return*, [Cosmos e historia; el mito del eterno retorno], trad. Willard R. Trask. New York: Harper and Brothers, 1959.

Fiori, Guiseppe. *Vida de Antonio Gramsci*, trad. de Teresa Fernández y M. José Barranquero, Sassari: Edizioni della Sabbia, Verona: Edizioni Achab, 2002.

Gobat, Michel. *Enfrentando el sueño americano: Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*. Managua: IHNCA-UCA, 2010.

Gómez, Juan Pablo. *Autoridad/Cuerpo/Nación; Batallas culturales en Nicaragua (1930-1943)*. Managua: IHNCA-UCA, 2015.

Hooker, Juliet. 'Beloved Enemies': Race and Official Mestizo Nationalism in Nicaragua [“Amados enemigos”: raza y el nacionalismo mestizo oficial en Nicaragua]. *Latin America Research Review*, 40 (3), 2005.

Mejía Sánchez, Ernesto: “Lo que [Cuadra] está cuidando realmente es el capital de la familia Chamorro”. Steven White, *Culture and Politics in Nicaragua: Testimonies of Poets and Writers* [Cultura y política en Nicaragua: testimonios de poetas y escritores]. New York: Lumen Books, 1986.

Midence, Carlos. *Cambios y aportes históricos del sandinismo al devenir nacional*, Managua: Editorial Universitaria UNAN-León, 2011.

-----. *La invención de Nicaragua. Letra y polis en la conformación de la nación*. Managua: Amerisque, 2008.

Molina Rodríguez, Iván. “La alfabetización popular en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica: niveles, tendencias y desfases (1885-1950).” *Revista de Educación*, 327 (2002).

Morales, Beltrán. “Grandes, medianos, pequeños”, en *Sin páginas amarillas: malas notas*. Managua: Editorial Vanguardia, 1989.

Mount, Ferdinand. Carta al *London Review of Books*, 11/09/2014.

Núñez, Orlando. *La oligarquía en Nicaragua*. Managua: CIPRES, 2006, 79.

Pasos, Joaquín. “Conferencia sobre Vicente Huidobro”, en *El Hilo Azul*, 9, invierno 2014.

Pérez-Brignoli, Hector. *A Brief History of Central America* [Una breve historia de Centroamérica], trad. Ricardo B. Sawrey y Susana Stettri. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1989.

Stannard, David. *American Holocaust: The Conquest of the New World* [Holocausto americano: la conquista del nuevo mundo]. Canadá: Oxford University Press, 1994.

Valle-Castillo, Julio. *Poetas modernistas de Nicaragua 1880-1927*, citado en Delgado, *Márgenes*, 20; también en *El siglo de la poesía en Nicaragua*, Tomo I.

-----. *Poetas modernistas de Nicaragua 1880-1927*. Managua: Banco de América, 1978.

Younis, Musab. Reseña del libro de Gary Wilder titulado *Freedom Time: Negritude, Decolonisation and the Future of the World* [Hora de la libertad: negritud, descolonización y el futuro del mundo]. Gary Wilder, *London Review of Books*, Vol. 39, No. 13, 29 de junio de 2017.